

Crónica diaria: experimentos con el género en un matutino porteño (*La Crónica*, 1883-1886)

Daily Chronicle: Experiments with Genre in a Buenos Aires
Morning Newspaper (*La Crónica*, 1883-1886)

Crônica quotidiana: experimentos com o gênero em
um matutino portenho (*La Crónica*, 1883-1886)

Claudia A. Roman

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, ARGENTINA

Doctora en Letras de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora adjunta en el CONICET y docente de Literatura argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Su línea de investigación está centrada en la prensa satírica ilustrada en América Latina durante el siglo XIX. Sus principales publicaciones son *Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (1863-1963)* (Ampersand, 2017); “Un místico político, panfletista en el Año Veinte: Francisco de Paula Castañeda”. (Emecé, 2014); *La prensa de Francisco de Paula Castañeda: sueños de un reverendo lector* (edición, prólogo, selección y notas) (UNLP, 2012); y “La modernización de la prensa periódica, entre La Patria Argentina (1879) y Caras y caretas (1898)” en *Historia Crítica de la literatura argentina*. 3: *El brote de los géneros* (Emecé, 2010). Correo electrónico: balerdiroman@gmail.com

Artículo de investigación

Este artículo es parte de la investigación “Palabras e imágenes impresas en América Latina: la prensa satírica (siglo XIX)”, que lleva adelante la autora como investigadora CONICET, y fue posible en el marco del proyecto UBACYT “Textos recobrados en la prensa argentina (1870-1940)” (2014-2018), dirigido por la Dra. Soledad Quereilha, con sede en el Instituto de Investigaciones en Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani (FFyL-UBA).

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi:10.11144/Javeriana.ci23-45.cdeg



Resumen

El matutino porteño *La Crónica* (1883-1886) legitimó su alejamiento de la lucha facciosa en su título y su estructura editorial. Sus secciones literaria, científica y periodística eludieron la política como centro e hicieron de la “alta crónica” su género privilegiado. A través de reportajes dedicados a personajes y espacios locales, sus cronistas encontraron y experimentaron muchos rasgos del género que perdurarían largamente en su configuración. Por todo eso, el estudio de este diario aporta un contrapunto al desarrollo del género y ofrece una mirada diferente sobre la modernización literaria y periodística.

Palabras clave: crónica; prensa; siglo XIX; ciudad; repórter; ciencia

Abstract

La Crónica (1883-1886), a morning paper from Buenos Aires, based its distance from party fights both on its title and on its editorial structure. It had three sections: a literary, a scientific and a journalistic one, so politics was out of the focus in the traditional way. Its main genre was “alta crónica”, which focused both in local characters and places. These “reportajes” allowed their chroniclers to find out and to experience several features of the genre which will endure for long time. Thereby, it offers a counterpoint to development of the chronicle genre and a different look both at literary and journalistic modernization.

Key words: Chronicle; Press; XIX Century; City; reporter; Science

Resumo

O matutino portenho *La Crónica* (1883-1886) legitimou seu afastamento da luta facciosa no seu título e estrutura editorial. Suas seções: literária, científica e jornalística eludiram a política como centro. Além disso, ele fez da “alta crônica” seu gênero privilegiado. Através de relatórios dedicados a personagens e espaços locais, seus cronistas encontraram e experimentaram muita característica do gênero que perduraria largamente na sua configuração. Por tudo isso, o estudo deste diário fornece um contraponto ao desenvolvimento do gênero e oferece um olhar diferente sobre a modernização literária e jornalística.

Palavras-chave: crônica; imprensa; século XIX; cidade; relatório; ciência

RECIBIDO: 11 DE MARZO DE 2017. ACEPTADO: 12 DE ABRIL DE 2018. DISPONIBLE EN LÍNEA: 30 DE JUNIO DE 2019

Cómo citar este artículo:

Roman, Claudia. “Crónica diaria: experimentos con el género en un matutino porteño (*La Crónica*, 1883-1886)”. *Cuadernos de Literatura* 23.45 (2019): 212-238. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl23-45.cdeg>

Narración independiente

En el último tercio del siglo XIX, la prensa periódica argentina encontró un nuevo principio de legitimidad que le requería concebirse “independiente de facciones”. Esa nueva divisa, que el diarismo esgrimía también más o menos simultáneamente en otras regiones americanas y europeas, no es aún la de la “objetividad”, producto en buena medida de la incorporación de la fotografía y del avance sobre el mundo del cable y las agencias de noticias que operaron como tecnologías que la prosa periodística procesó y transformó en el cambio de siglo, y que destilaría, ya hacia la década de 1920, la nueva especie de la prensa moderna, masiva y sensacionalista. La proclamada y reclamada “independencia” supuso en todo caso lo que suele frasearse esquemáticamente como el pasaje de la prensa francesa: de la prensa “de opinión” a la “informativa” o “noticiosa” (Weill 197 y ss.), pero conservando todavía, al menos en esos primeros años, la marca explícitamente perspectivada del conjunto de valoraciones que proclamaba la deliberación en la selección del recorte informativo y también, por eso, de un cierto *estilo*, producto dialéctico de sus condiciones materiales, de esos imperativos discursivos y de algunas marcas individuales de sus directores y redactores. Para un observador contemporáneo particularmente interesado en este asunto –que desde su punto de vista importaba la correlación directa entre la proliferación de la prensa periódica y “la libertad y el régimen republicano” (Quesada 76)–, en los primeros años de la década de 1880 la prensa argentina constituía un modelo marcado por su eclecticismo:

La índole de nuestro periodismo es una mezcla de lo que sucede en los diferentes países del mundo. Es una prensa en parte de propaganda, como la francesa, ó de partido, como la inglesa, ó de especulación, como la norteamericana. En ella han escrito ó escriben casi todos los hombres distinguidos del país en ciencias, letras y artes, ya con su nombre, ya sin decirlo. Entre nosotros reina una libertad omnímoda en materia de prensa. Esto no carece de inconvenientes. (Quesada 83)¹

La mezcla dotaba así al periodismo argentino de acentos variopintos apenas matizados por pudorosos “inconvenientes”, palabra que encubre justamente lo que muy pocos años antes era denunciado como “faccioso”.

1 Todas las citas que se desprenden de la prensa fueron transcritas tal y como aparecen en los textos originales.

En la cita, la nueva perspectiva sobre la prensa local supone también, en el mismo movimiento, un modo singular de entrar en sincronía con el desarrollo, intelectual y político, de lo que el siglo XIX caracteriza como “el mundo”. Esa puesta al día requeriría y suscitaría nuevas formas que responderían simultáneamente al imperativo de circulación noticiosa, en ciclos cada vez más veloces aunque sincopados; proceso que se intensificó en las últimas décadas del siglo y las primeras del siguiente que acompañaron y articularon la “globalización” informativa que sugería nuevas formas de percepción de los vínculos “locales”, nacionales y transnacionales.²

Ciertas transformaciones técnicas y, sobre todo, tecnológicas, resultaban fundamentales para habilitar esas nuevas formas y esas nuevas percepciones: vapores más rápidos, más frecuentes y más baratos aceleraban el traslado de los impresos; la rápida extensión de la red telegráfica alrededor del mundo y la instauración, por parte de las agencias noticiosas, de una parageografía en los modos en que administraban y negociaban la circulación informativa;³ el abaratamiento del precio del papel y la invención de maquinarias que permitían imprimir de manera más eficiente, más veloz, más atractiva –nitidez y variedad ornamental son valores en alza–, y, no menos importante, poniendo en diálogo *diario* y de manera creciente, por primera vez, grabados, fotografías y palabras (Twyman, Szir). Pero incluso esos cambios literalmente espectaculares resultarían invisibles sin matrices discursivas que activaran o catalizaran en los lectores esas capacidades tecnológicas en diferentes esferas. Julio Ramos ha

2 “The intensification of global exchange was clearly accompanied by an awareness of transnational ties and processes. This mental revolution, in turn, rested on a veritable revolution of information and communications technologies since 1850s” (Conrad y Sachsenmaier 13). La sincronía relativa del desarrollo de la crónica en diferentes regiones de América Latina, apuntado por Susana Rotker, podría pensarse también bajo esta perspectiva más general (Rotker).

3 Majluf (2006 n. 15) toma este concepto que remite al conjunto de las representaciones de un público ampliado (por ejemplo, los turistas, los lectores de libros y guías de viaje o los consumidores del corpus que analiza Majluf: estampas costumbristas “nacionales”) de un ensayo del geógrafo Michel Chevalier (1989). Lo adaptamos aquí para enfatizar el cariz imaginario de las representaciones espaciales con las referenciales contradictorias que carga el prefijo “para-”, según la Real Academia Española: “junto a”, “semejante a”, “al margen o en contra de” (<http://dle.rae.es/?id=Rp2TGwv>). La parageografía informativa o noticiosa trazaría así un mundo paralelo, en contracanto dinámico con el referencial, imponiendo sus propias distancias (que se miden primordialmente en términos de ritmos de transmisión noticiosa) y escalas (que pueden alterarse, como las físicas, a través de catástrofes, pero también de acuerdo con intereses mucho más sutiles y que reconocen otras periodicidades).

demostrado, de manera definitiva, hasta qué punto la crónica modernista, un género que emerge en esos últimos años del siglo XIX, tuvo un papel decisivo en la autonomización de la esfera literaria en América, y hasta qué punto un género nuevo o renovado en una práctica local y específica (la crónica modernista hispanoamericana, en un rincón de un periódico de la ciudad de Buenos Aires durante las dos últimas décadas del siglo XIX) resultó decisivo para procesos más generales de renovación estética, del lectorado y de las representaciones del mercado y los públicos modernos. Como se recordará, sus hipótesis afirman, en efecto, que la crónica forjada “en oposición al periódico, en el periódico” (Ramos 124) permitió a sus animadores experimentar los límites de su producción escrituraria como mercancía, expandir su bagaje de destrezas y recursos expresivos, y explorar un repertorio ampliado de objetos desafiantes para la escritura: al pasear por la ciudad, la crónica desplegó una mirada en la que –en distinta medida y con acentos diferentes en cada caso– posibilitaba a estos letrados finiseculares ir desarrollando una voz diferenciada; confrontar exteriores e interiores urbanos, advertir las nuevas amenazas y miserias de la ciudad moderna y, a veces, en ellas, una nueva belleza. Las hipótesis de Ramos ofrecen un análisis iluminador del matutino *La Nación*, de Buenos Aires, un diario que sin dudas quiso mostrarse a sí mismo, desde su fundación, orientado por un programa que abandonara la concepción del periódico como dispositivo fundamental ya de instrumentalidad política, ya de foro partidario (Alonso 49). Modernización técnica –a través de la temprana incorporación a las redes del cable y las agencias noticiosas, y de la adquisición regular de maquinarias y tipos de imprenta renovados–, tecnológica –mediante la incorporación de *reporters* y corresponsales en el extranjero y en el interior–, empresarial –a través de un cambio de financiación que, de manera general para el sistema de la prensa, comenzaba a abandonar definitivamente el sistema de financiación por suscripciones a favor de la venta de números sueltos y el sostén publicitario– y discursiva –a través del espacio que ambas abrían a nuevas textualidades, privilegiadamente a la crónica– intentaban ser garantes de ese programa, más allá de que su factibilidad no dependiera únicamente del periódico.

Aunque ejemplar en las elecciones de sus firmas literarias y por eso, en la posibilidad de erigirse en laboratorio de escritura, *La Nación* no fue excepcional en el apego al programa de autonomía facciosa que ensayó durante las tres últimas décadas del siglo XIX. La progresiva cristalización institucional del estado nacional llevó a cada órgano de prensa a ensayar,

con sus propios medios, estrategias específicas con las que disputar su propia definición de cómo ser un periódico “moderno”. Entre todos ellos, uno –olvidado hoy pero exitoso durante su corta vigencia– eligió la “alta crónica” como divisa para lograrlo; y lo hizo al punto de elegir ese género para darse nombre. Al hacerlo, *La Crónica* (1883-1886) puso en el centro de su programa una modalidad narrativa específicamente periodística, evocó un término y una práctica de larga data para renovarlas y privilegió el espacio local como terreno para esa escritura.

Crónica e información

El matutino *La Crónica* fue el último proyecto de los hermanos Gutiérrez, una familia de periodistas sin linaje ni descendencia profesional pero cuyos integrantes produjeron, ya asociados o de manera individual, una activísima intervención transformadora en el campo de la prensa local. Para sopesarlo, basta pensar en el papel de José María, secretario de Bartolomé Mitre y director de *La Nación Argentina*, que constituiría la base de la moderna *La Nación*, donde fue el primer editor en jefe; o en la trayectoria de Eduardo, cronista policial y redactor polifacético de la “vieja” prensa partidaria, quien descubre, en la escritura de su novela *Juan Moreira*, un género completo –la novela popular con gauchos (Laera 2004 117 y ss.)– y a partir de allí, innumerables variantes del folletín popular y moderno. El último de los proyectos periodísticos de esta red familiar se publicó entre el 1 de octubre de 1883 y el 24 de febrero de 1886; bajo la dirección de Carlos Gutiérrez y la administración de su hermano Julio. Durante los primeros números el periódico declaró tirar unos once mil ejemplares, una cifra relativamente elevada para un diario nuevo.⁴ Sin una financiación partidaria evidente, también *La Crónica* se reclamó independiente:

4 Así lo declara el periódico en una de sus primeras ediciones (“La Crónica”, *La Crónica*, I, 2, 2 de octubre de 1883, p. 1, c. 4). Si bien no existen series continuas y consistentes que permitan evaluar la evolución cuantitativa de la prensa durante estos años, el *Censo Municipal de la Ciudad de Buenos Aires* (1887) señala que *La Nación* y *La Prensa*, los dos grandes periódicos de circulación nacional, tiraban entonces 18.000 ejemplares diarios; *El Nacional*, más antiguo y tradicional que ambos, 12.500, y el resto de los periódicos entre 6.500 y 3.600 ejemplares. Una vez más, Ernesto Quesada, autor de dos estudios sociológico-estadísticos sobre la prensa durante los primeros años de la década de 1880, calcula que en 1877 la Argentina ocupaba un “halagüeño” cuarto puesto mundial en cantidad de periódicos impresos por habitante por año (Quesada, “El periodismo” 76), detrás de Estados Unidos, Suiza y Bélgica; y llega, en su

Entre nosotros, se ha dicho poco: la prensa se divide únicamente en diarios oficiales y diarios de oposición –es decir, periodismo de partido. Hay pues un vacío importante que llenar.

[...] Somos combatientes por la idea liberal y acatamos su condición noble y sin estar amarrados a un pasado que nos imponga un camino, contemplamos con serenidad los horizontes del porvenir, para buscar lo justo y lo bueno donde se encuentre, levantándonos si es necesario sobre las agrupaciones y los gobiernos, a la luz de este gran faro: la libertad y la verdad.

Un diario en su significación más augusta no puede ser órgano de un gobierno o fracción. [...] La vida general de donde toma su savia, tiene que ser la vida de todos, porque su acción también es para todos.

En el centro de la masa común, puede entonces contemplar de lleno el campo, nada escapa a su vista, todo puede sondearlo, y con el gran pensamiento del bien por los hombres, ondular el movimiento del pueblo en el sentido del bien y del progreso. Su poder es entonces incalculable, porque es la voz de todos.

Cada círculo en que la nación se divide tiene su órgano.

Estos no pueden penetrar en la masa común.

La más palpable prueba de la verdad de estas palabras, es que Buenos Aires no tiene un diario que responda la proporción de su tiraje al número de habitantes que lo pueblan [...].⁵

La extensa cita busca mostrar las inflexiones argumentativas de la intervención inicial del diario: de la defensa de una modernidad que, convencionalmente si se quiere, pone en el pasado las luchas facciosas para reclamar para la prensa “la idea liberal” como garantía de futuridad y falta de sujeción a priori a compromisos sectoriales, el periódico pasa sensiblemente a sostener su verdad en su masividad. El principal argumento para la autonomía de *La Crónica* es servir a un público que supere en número al de cualquier partido: eso es lo que no existe en Buenos Aires. Y para hacerlo, los nuevos “combatientes” de la prensa se ubicarán a la vez “en el centro de la masa común” y en un lugar desde el que puede verse y “sondearse” “todo”. Esa encrucijada, exactamente, es la que guiará formalmente los

entusiasmo, a proyectar un ascenso al tercero para el año en que enuncia sus resultados (77). Pese a que –él mismo lo declara– la base de sus ponderaciones es fragmentaria.

5 “Programa”, *La Crónica*, I, 1, 1 de octubre de 1883, p. 1, c. 2-3.

textos de sus cronistas. Para lograrlo, el diario propuso una novedad mó-dica, pero que definió una tecnología discursiva: su programa articulaba al diario en tres secciones, que se objetivarían, correlativamente, en tres “secretarías de redacción [...] periodística, literaria y científica”. Aunque como era usual en la época, las colaboraciones publicadas no solían estar firmadas, cada una de esas secretarías estaba a cargo de una “firma” que garantizaría la calidad de sus producciones, respectivamente, de Alberto Gutiérrez y Eduardo Gutiérrez, quien durante los primeros meses compartió esta tarea con David Peña y Eduardo L. Holmberg.

Si la designación de las secretarías eludía ostensiblemente la articulación de una “política”, sugiriendo que esa dimensión se acotaría a lo noticioso en su acepción facciosa y trascendería las otras tres en su sentido amplio. Y si en *La Nación* la crónica, como género lateral pero estructu-rante de la modernización del periódico, posibilitaba el “procesamiento de zonas de la cotidianidad capitalista que en aquella época de intensa modernización rebasaban el horizonte temático de la forma canónicas y codificadas” (Ramos 112) –a partir de la mirada sobre la cotidianidad aún “inclasificada” por los saberes instituidos–, al colocar la palabra que nombra a su género privilegiado como título y como centro de su programa, *La Crónica* procesará esas zonas y saberes liminares a través de motivos, representaciones y principios formales que proponen otra economía de vínculos entre política y ficción. La mediación de la “ciencia” como saber privilegiado que ingresa al diarismo en busca su legitimación a través de su divulgación resulta, en este sentido, una decisión fundamental: allí donde la política dirimía y escindía públicos partidarios, lectores y, eventualmente, consumidores, la ciencia proveerá narrativas unificadoras y homogeneizadoras que relevan, operan y revelan la realidad cotidiana.⁶

Los nombres de los secretarios elegidos, particularmente el de Eduar-do Gutiérrez y el de Eduardo Holmberg, explicitaban la convivencia de la dimensión narrativa y la científico-explicativa en el discurso del periódico. Ni suscriptores fieles *a priori* o por obligación partidaria, ni únicamente quienes se rindieran a las intrigas románticas del folletín, *La Crónica* elige

6 Gasparini (2012) y Quereilhac (2016) proponen estudios imprescindibles para entender la circulación, los cruces y usos de la ciencia, las “seudociencias” y la literatura, respectivamente en la prensa argentina finisecular y de entre siglos.

dirigirse a sus lectores contemporáneos imaginándolos “masas azoradas [...] espoleadas por la curiosidad insaciable de lo desconocido”.⁷

Así planteado, ese lectorado podía imaginarse disponible para consumir lo que el periódico denomina como “alta crónica”:

Hemos dedicado así atención preferente a un ramo importante de la alta crónica.

Hoy el mundo se cruza de hilos que llevan en sus estremecimientos imposibles el pensamiento. La Medicina, el Diógenes del siglo, alumbraba las cavidades del cuerpo para arrancarles sus misterios a la luz del poliscopio. La misma materia se anima y habla con palabra humana en el fonógrafo. Los naturalistas sorprenden el plan divino. Las ciudades se alumbran como si los astros de la noche se acercasen a ella, y las masas azoradas empiezan a pedir explicación de tantas maravillas, espoleadas por la curiosidad insaciable de lo desconocido. De aquí la alta misión de la prensa y su rol en el movimiento intelectual del mundo.⁸

La crónica es “alta” en varios sentidos.⁹ Entre ellos, porque el programa la eleva para transmitir y sondear lo que todavía no puede ser pensado: la narración de la intimidad biológica y la perspectiva cenital sobre las ciudades son parte de un mismo plan informativo. “Alta crónica”: el sintagma importa más un conjunto de presupuestos que de rasgos temáticos o formales y apunta a un horizonte que desafía a la vez las expectativas de los lectores y las habilidades de escritura necesarias para llenar su imperativo. La reconocida “hibridez” (Bernabé, Ramos), porosidad o heterogeneidad e incluso el registro literario “débil” (Ramos 112) con que se ha definido en larga diacronía a la crónica se reescribe por eso, en este proyecto, en

7 “Programa”, *La Crónica*, I, 1 de octubre de 1883, p. 1, c. 1-2. Las citas se transcriben respetando la ortografía del original. Salvo indicación en contrario, las cursivas y destacados pertenecen también al original.

8 *Ibíd.*

9 La fórmula no es habitual en la prensa de la época. Lo “alto”, lo “elevado”: la anteposición del adjetivo sugiere el calco del inglés (*highlife* es un término corriente en el lector rioplatense de la época) que, por su sola presencia, reenvía tenuemente la jerarquización que connota también al universo de la prensa sajona. En el mismo sentido, Servelli destaca la creciente presencia de los términos “reporter” y “reportaje” (o “reportage”) hacia esta época: “La terminología en lengua inglesa (reporter, interview) adaptada al uso local expresaba una deuda de origen con la prensa norteamericana donde este profesional de las noticias realizó sus hazañas más ruidosas” (Servelli 1).

el cruce de un programa político y en un sistema de enunciación: la disolución de la política en el triple filtro que combina lo periodístico, lo literario y lo científico, y la preeminencia de un “yo” sin nombre propio, pero que busca articular un estilo individual y reconocible.

Una primera recepción de la propuesta puede testearse en un registro altamente convencionalizado, el de la “bienvenida” que dedican los colegas del campo periodístico al nuevo medio. *La Crónica* reproduce en sus páginas algunos de esos mensajes o parte de algunos de ellos, como era habitual en la época. Importa advertir qué rasgos, con los que se identifica, subraya en la selección que produce sobre los que ofrece a sus lectores en sus propias páginas. En primer lugar, los sueltos que destacan la concreción del programa con que buscaba singularizarse: “por su estilo, la disposición de sus materiales y la abstención de largos y fastidiosos artículos políticos será el diario de la mañana que se lea con más placer”, dictamina *El Diario*.¹⁰ En tanto, *La Libertad* señala:

La Crónica ha llevado á cabo una reforma, en la prensa, cambiando los artículos literarios de procedencia extranjero (sic), cuya acción se desarrolla en el extranjero, por artículos de interés local, espirituales, ligeros, casi metafísicos á veces, pero siempre interesantes.¹¹

Incluso un diario de larga trayectoria, como *The Standard*, destaca el modo en que el periódico estaría sirviendo de tracción para la distribución entre información y opinión y, quizá, la prosa del conjunto de los “más de treinta” periódicos que por entonces se publican en Buenos Aires: “Observamos que, desde la reciente aparición de nuestro excelente colega ‘La crónica’, muchos de nuestros compañeros hacen tremendos esfuerzos para presentarse más noticiosos, particularmente los diarios de la tarde”.¹² Al día siguiente se agregan más elogios:

son claros y tan bien dispuestos, que un lector occidental, puede poner sus dedos, o mejor dicho sus ojos, en el acto, sobre cualquier artículo,

¹⁰ *El Diario* (1881-1941), fundado y dirigido por Manuel Láinez, conformó junto a *La Nación* y *La Prensa* la tríada de diarios modernizadores que llegaron a sobrevivir el pasaje del siglo XIX al XX. Junto a ambos, además, se sostuvo en promedio, sistemáticamente, en la cima de la estadística de número de ejemplares durante el mismo período. Su opinión, por tanto, ofrecía un respaldo particularmente valioso.

¹¹ “Conceptos honrosos de nuestro colega *La Libertad*. Justicia al mérito”, *La Crónica*, I, 6, 6 de octubre de 1883, p. 1 c. 2.

¹² “Mulhall’s Comments”, *La Crónica*, I, 12, 12 de octubre de 1883, p. 2 c. 1.

sobre cualquier información que desee, pues todo está allí, y según su intención, rápidamente encuentra, desde un entierro hasta un casamiento, desde un baile hasta un barullo, en sólo medio minuto.¹³

Sin ironía, *The Standard* recorta en la disposición gráfica del nuevo medio una interpretación del programa noticioso “global” que había anunciado *La Crónica*: lectores occidentales (es decir, que postulan un alcance ambiciosísimo para un diario de una ciudad del sur del planeta) y contenidos completos, que decodifican en términos sensacionalistas antes de su tiempo: “entierros”, “casamientos”, “bailes” y “barullos” omiten un amplísimo rango de eventos que los demás diarios locales destacan en sus primeras planas: contiendas electorales, una posible nueva epidemia de fiebre amarilla, catástrofes naturales en diversos puntos de Europa, guerras lejanas y escaramuzas en la frontera pampeana, los números de la Bolsa; incluso, avisos comerciales. No se trata de que estos dominios estén desterrados o deliberadamente obliterados en *La Crónica*: simplemente, el diario no los considera, en los términos en que acaban de enunciarse, estímulos suficientes para la curiosidad. ¿Qué materias, en cambio, son las que hacen que el ojo, siguiendo al dedo, lea al instante?

Caminando alrededor

No hay lugar, entonces, para el relato pormenorizado de la guerra de fronteras, pero sí, por ejemplo, el dato del “indígena” ranquel Epuñán, ahora llamado Scipión Rodríguez, solicitando una beca en la Escuela Normal de Maestros de la Capital porque quiere ser maestro, habiéndose presentado antes en “varios colegios ingleses”.¹⁴ Sí un espacio destacado, aunque breve, para el anuncio del inicio de los trabajos electorales y la reunión de los clubes políticos,¹⁵ pero a condición de dar uno mayor, en la misma página, a “la crónica” de las “ideas nuevas”, “de su marcha en las sociabilidades, de la constatación de su avance lento, (que) ofrece el mayor interés” en la figura de las “mujeres que votan” en Inglaterra, que termina en una encen-

13 “Mulhall’s Comments”, *La Crónica*, I, 13, 13-10-1883, p. 1 c. 6.

14 “Informaciones. Un pampa que quiere ser maestro”, *La Crónica*, I, 15, 15 de octubre de 1883, p. 2, c. 2-3.

15 “Mundo político”, *La Crónica*, I, 11, 11 de octubre de 1883, p. 1 c. 4-5.

dida reivindicación para las locales.¹⁶ Lo que no obsta para que, junto a estas, se informe larga y descriptivamente sobre “Las tres bodas de ayer”, que han inaugurado “la vida social en primavera”.¹⁷ En *La Crónica*, la actualidad noticiosa se modela primordialmente a través de vínculos que procesan políticamente la identidad de quienes pueden mirarse en sus artículos. El dedo que se desliza sobre ellos toca, así, sus historias. Una distancia enunciativa indecisa define de este modo el perfil del periódico: sus historias y sus protagonistas siempre están al alcance de la mano. Los lectores podrían encontrarlos por sí mismos, si la guía de *La Crónica* les explica qué ver, qué hacer, qué mirar, dónde ir. El diario como manual de uso de la ciudad: *La Crónica* podría no ser sino otra aplicación de la espléndida formulación de Peter Fritzsche para analizar la relación entre prensa y ciudad. Sin embargo, Buenos Aires no requiere *baedekers*: no es todavía una metrópolis, ni todavía es posible un encuentro entre extraños.¹⁸ El diario, por eso, amplía la ciudad, extiende sus límites mediante diferentes estrategias.

La primera de ellas le permite cambiar la escala de la ciudad sobre la que informa y sobre la que extiende su dominio. El diario lo hace a través de la impostación de una “tecnología” moderna pero inédita en la prensa local. Si todos los periódicos porteños de la época tienen una sección de “telegramas”, en una ocurrencia original y sorprendente, *La Crónica* ape- la a recursos como presentar información recibida “por teléfono” desde sus teatros y bailes, en un juego en que la velocidad de esa comunicación parece conjurar una distancia que, sobre el plano de la ciudad, no alcanza a ser tal.¹⁹

16 “No! Si las mugeres quieren suprimir las miserias amontonadas por la ley sobre su sexo, [...] es necesario que pongan su mano sobre una palanca poderosa, sobre la mas poderosa que se conozca en los tiempos modernos: es necesario que reivindiquen para su sexo las franquicias parlamentarias, y que tomen su parte en el manejo del vasto mecanismo que regla la vida social”. “Las mugeres que votan”, *La Crónica*, I, 11, 11 de octubre de 1883, p. 1, c. 3-4.

17 “Las tres bodas de ayer”, *La Crónica*, I, 11, 11 de octubre de 1883, p. 1 c. 4-5.

18 “Hacia fines del siglo XIX, Berlín –como París, Londres o San Petersburgo– se había convertido en un espacio en el que los extraños podían encontrarse”, afirma Fritzsche (233), retomando la definición de Richard Sennet (*The Fall of Public Man*).

19 “Lo que caracteriza a la ciudad son los flujos de información, que se mueven a toda velocidad. La cantidad excesiva, la aparición simultánea y la rápida alternancia anulan toda estabilidad posible” (Fritzsche 40). En *La Crónica* el registro de las comunicaciones “por teléfono” añade, justamente, una línea más a ese flujo discontinuo y acelerado, que se superpone con las comunicaciones telegráficas, los informes de los *reporters*, las cartas, la cansina comunicación

En segundo lugar, *La Crónica* coquetea con los límites del anonimato, lo que equivale a poner bajo incertidumbre cuantitativa y cualitativa los límites de su lectorado. Así ocurre particularmente, por ejemplo, en la sección “Siluetas femeninas” que, a una por número, aludirían a alguna “niña” de Buenos Aires bajo nombre supuesto.²⁰ Las “Siluetas”, de las que se habían publicado catorce, se discontinúan de manera intempestiva y, frente a las protestas, el diario se ve obligado a explicar su decisión por dos causas muy diversas pero complementarias: la primera, porque sus “Siluetas” han sido plagiadas por diarios de Montevideo y Rosario; la segunda, porque el éxito de la sección habría sido tal que desató la escritura de lectores quienes “tímidos autores de las elucubraciones literarias” –“no menos de cuarenta por día”– asomaron en la imprenta, empezaron a hacerse presentes y trajeron un sitio verdadero a las oficinas”. Si en el primer caso el plagio destruía el valor “literario” que el diario atribuía reiteradamente al género a través del “montaje” que producía “ensaladas increíbles en las que lo picante y lo dulce, lo triste y lo alegre y lo blanco y lo moreno andaban revueltos” o porque “al dar por originales suyos los originales ajenos [...] hacia pasear por las calles de Rosario á las preciosas muchachas que estaban en sus casas de Buenos Aires”, en el segundo se desvirtuaba porque “en vez de hacer retratos literarios, sin mas que

burocrática de los documentos estatales... (véanse, por ejemplo, los artículos: “El baile nuevo (por teléfono desde Colón)”, *La Crónica*, I, 10, 10 de octubre de 1883, p. 1 c. 1; “Las palmeras (por teléfono - hilos cruzados)”, *La Crónica*, I, 14, 14 de octubre de 1883, p. 2. c. 2; “La fiesta de anoche (por teléfono)”, *La Crónica*, I, 44, 13 de noviembre de 1883, p. 1 c. 5, etc.). En el mismo sentido, por ejemplo, el diario publica en posición editorial (donde otros matutinos transcriben las novedades de la Bolsa, discursos parlamentarios o artículos doctrinarios) un texto que pondera la extensión de líneas telefónicas y telegráficas subterráneas. Bajo el imperativo de la modernización científica de la ciudad –las referencias a París y Alemania lo avalan–, la intervención puede leerse, una vez más, en términos de desplazamiento discursivo de las convenciones de ciertas secciones del periódico y como estrategia imaginaria que prolonga(ría) la ciudad, esta vez bajo tierra (“Las redes subterráneas”, *La Crónica*, I, 202, 22 de abril de 1884, p. 1 c. 1). El complemento y contrapunto de estas proyecciones, como se verá más adelante, está en la representación ominosa de los bordes de la ciudad.

- ²⁰ Las “Siluetas femeninas”, con este nombre o similares, reaparecen en la prensa de las primeras décadas del siglo XX bajo el imperativo del “deber ser” del género y de su circulación en la ciudad. Hacia el siglo XXI asoman también en algunos suplementos militantes, feministas y con un sentido distinto que, una vez más y siguiendo las postulaciones de Mijaíl Bajtín, verifica la plasticidad de la evolución histórica de los géneros discursivos y sus vínculos con las “esferas de la praxis” humana. Agradezco a Tania Diz haberme hecho notar este punto.

toda la fuerza de la verdad con que pudiera mostrarse una persona con palabras, se limitaban a hacer declaraciones de amor”.²¹ En ambos casos está en juego la distancia que garantiza que el género sea leído en el molde de sus propias convenciones: si se lo plagia o edita, la referencia para el público se pierde y, con ella, la esfera de la praxis a la que el género remite (la estetización de la sociedad porteña se deforma por aplicarse a otros referentes); si la distancia entre el objeto y el texto es demasiado estrecha, también se diluye ese vínculo y, con él, el estilo. En ambos casos también, por supuesto, el diario ostenta y celebra su propia popularidad. “En vez de hacer retratos literarios...”, se queja el diario. Sin embargo, en tanto género discursivo, las “Siluetas femeninas” revelan a los lectores, indudablemente, un método poético. Sea para crear “personajes” (que no siempre tienen referente físico; que inopinadamente, en el plagio y la apropiación, lo pierden para ganar en desafío para los escritores que deben sostenerlos), sea para crear objetos lingüísticos *monstruosos*:

Había mujeres con cuerpo de árbol (palmeras) con mejillas de fruta (manzana) con dientes de cereal (granos de mazamorra) con pelos de yuyo (mata de caballo) etc – en manera á hacer una mujer vegetal.

Había también mujeres minerales, con cabellos de oro, tez de alabastro, pelo de azabache, labios de coral, dientes de perla, ojos de diamantes etc. Había mujeres pájaros (blancas palomas), habían mujeres cuadrúpedos (mansas gacelas), habían mujeres planetas (luna de mi noche), habían mujeres mitológicas (diosa del Olimpo, Vénus, Diana, etc.), habían

21 “El fin de las Siluetas”, *La Crónica*, I, 30, 30 de octubre de 1883, p. 1 c. 6 y p. 2 c. 1-2. La función de las “Siluetas” femeninas resulta aún más nítida si se las compara con otra serie muy próxima, la de las “Siluetas militares”, que se publican en el periódico simultáneamente, sin discontinuarse. Estas últimas, lógicamente, remiten a personajes masculinos y que jamás son anónimos: por el contrario, su nombre y su grado son fundamentales para que se constituyan en homenaje –a medio camino entre la biografía y la foja de servicios– que organiza en y desde el periódico una memoria política. Es, así, un género ya probado, cercano al de las “Galerías” de hombres célebres que vienen reuniéndose, desde mediados de siglo, en publicaciones especializadas y también en algunos periódicos: véanse, por ejemplo, la *Galería de celebridades argentinas* (Buenos Aires: Ledoux y Vignal, 1857), al cuidado de Bartolomé Mitre y Narciso Desmadryl, o la muy diferente compilación *Retratos y recuerdos* (Buenos Aires: Jackson, 1894), de Lucio V. Mansilla. Aunque anónimas en *La Crónica*, las “Siluetas militares” se integraron a la obra de Eduardo Gutiérrez al revelar el nombre de su autor cuando se editaron en libro (*Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos*. Buenos Aires: Igon, 1886).

mujeres acuáticas (sirenas) y cuanto puede producir de monstruoso la cabeza de un aficionado a la literatura que además se ha enamorado. (p. 2 c. 1)

Al parafrasear las “Siluetas femeninas” que se han recibido en la redacción, *La Crónica* pone entre paréntesis, literalmente, la palabra de los escritores espontáneos y produce, plagiándola y traduciéndola en su propia lengua periodística, objetos poéticos verdaderamente girondinos y nerudianos *avant-la-lettre*. Que la ironía y hasta la burla franca esté presente en la operación no obtura el efecto que se refuerza en el ritmo que produce la enumeración y en la anáfora del verbo impersonal.

Por último y, en tercer lugar, *La Crónica* despliega una estrategia que debe definirse, por primera vez en sus páginas, como uso deliberado de una tecnología. Buenos Aires se asomaba por esos años a un primer gran programa de reforma urbana desde la racionalización rivadaviana de la década de 1820 (Aliata) y, como si fuera más extensa y más compleja de lo que todavía es (Gorelik, Liernur y Silvestri), el diario pone a sus reporteros y cronistas a recorrerla intensivamente; e incluso, la “alta crónica” se actualiza así en el diario a través de una serie de textos formalmente diversos y que presuponen diferentes praxis discursivas. Noticias, “suelos”, notas editoriales, *reclames* y publicidades e incluso en el espacio del folletín informan, entretienen, amonestan a las autoridades, seducen y alertan a sus lectores haciendo de la ciudad de Buenos Aires su foco de principalísimo interés y mostrándola como una ciudad que *ya no* es conocida y manejada por todos, pero *todavía* no es una metrópolis. El reportaje, entendido como relato producto del testimonio ordenado y estilizado por la moderna figura del *reporter*, se ofrece por eso como el género privilegiado. La crónica como género se actualiza entonces en la distancia que puede cubrir (a pie o a caballo: el viaje y sus derivas suelen ser parte del relato) el reportero, y trabaja iluminando ese intermedio en el que los lectores toman contacto con aspectos, zonas o matices de una ciudad que no conocen.

En los primeros meses del periódico, este programa se organiza de manera evidente en varias series de “crónicas” que atraviesan la ciudad: entre ellas, las que remiten a la “Vida nocturna” de sus habitantes y las que proponen “reportajes” recuperan zonas por el contrario diurnas y visibles, pero sobre las que el Estado no ejerce su mirada (y aquí aparece plenamente la dimensión política municipal, a través del reclamo de

modificaciones en el sistema de recolección de residuos, en el transporte de correspondencia o en el seguimiento de atorrantes y “traperos” que solicitan explícitamente intervenciones correctivas). Entre esas series se recortan dos que se singularizan por su distribución genérico/sexual y porque ponen en relación espacios liminares de la ciudad, que comparten aspectos públicos y privados de sus habitantes y, en el mismo movimiento, vuelven indecisa la distinción entre interiores y exteriores urbanos. La primera de esas series gira “Alrededor de las locas” –tal es el título del primero de sus textos– y abre una sucesión de breves crónicas que repasan, describen o imaginan los perfiles de algunas de las mujeres internadas en el Asilo de Alienadas de Buenos Aires, al sur de la ciudad. La segunda, cuyo subtítulo persistente es “Vidas dolientes”, hace lo propio con los internos e internas del Asilo de Mendigos. Apenas más tarde se suma la tercera serie, “Los inválidos”, que termina de cerrar las fronteras imaginarias de la ciudad (al Norte los *Mendigos*, al Sur las *Locas*, al Oeste los *Inválidos*: junto al río, los conventillos y el Paseo de Julio diseñan las zonas de mezcla que todavía no han sido institucionalizadas).²² Ambas también permiten cruzar con comodidad las tres secciones en que se or-

22 La serie de “Las locas” compuesta por diez piezas en total, comienza por un “Reportage general” que hace uso de la referencia a la trayectoria del cronista: “La mañana de ayer estaba hermosa y nublada, el sol no molestaba por lo tanto, pero el agua que había caído noches anteriores, en sociedad con la dejadez municipal, mantenían las calles que conducen de Constitución á la Casa de Mujeres Alienadas en un estado intransitable...” (I, 59, 28 de noviembre de 1883, p. 1 c. 4-6). Por su parte la serie de “Los inválidos”, de dieciséis textos, se inicia con un “Reportage General” que se abre así: “Allá en la barranca de la calle Caseros, sobre el fondo azul del cielo de la patria, se levanta la negra y derruida figura del inválido de los asilos, el Asilo de Inválidos” (*La Crónica*, I, 80, 19 de diciembre de 1883, p. 1, c. 4-6). En estos dos casos la denuncia municipal combina así, sin sobresaltos, con la épica del *reporter* que se atreve a un espacio del sur de la ciudad difícilmente accesible por varios motivos, del físico al que se irá constituyendo como enigma ficcional. “Mendigos. Artículo de lunes” inicia la breve serie de seis textos que resultan su contracara: la celebración del avance de la piqueta y la decisión política municipales al norte de la ciudad, desde que “El Asilo de Mendigos se ha transformado; allí se edifica y se edifica con gusto [...]. [D]e la mano del Señor [Intendente, Torcuato de] Alvear, que se encuentra con su acción bienhechora en todos los establecimientos de caridad que hemos visitado [...]” (*La Crónica*, I, 8, 8 de octubre de 1883, p. 1, c. 1-2). El encomio político va aquí, como se notará, de la mano de la disolución del yo individual en un nosotros mayestático que identifica al diario y diluye tanto la épica como el relato. Con respecto a la zona del río, vale la pena detenerse en “El conventillo Aravena. Reportaje de barrio” (*La Crónica*, I, 6, 6 de octubre, p. 1 c. 6 y p. 2, c. 1-2), que se cita más abajo.

ganiza el diario (noticiosa, literaria, científica) y tienen una articulación potencialmente folletinesca: operan a través de la sucesión, ejemplar tras ejemplar, de breves historias aisladas en una suerte de novela coral, unificada por la institución que alberga a sus personajes. Y también, claro, por la mirada del *reporter*, quien es a la vez testigo, observador científico y narrador avezado: organiza un relato, provee una explicación científica y devela en su centro una información enigmática. En efecto: la “loca” o el “inválido” a quienes se visita en cada oportunidad han sido, en más de una oportunidad, una personalidad destacada en la sociedad porteña. Sin embargo, ahora su historia es otra. Ese pasaje entre un pasado público y civil luminoso, que se ha convertido en doliente y alternativo, es también parte de la ciudad. Las ensoñaciones o “divagues” de cada “alienada” y cada loco o mendigo, es cierto, reconocen una explicación científica,²³ pero también una imprescindible formulación narrativo-ficcional. Así, por ejemplo, el movimiento estereotipado y cíclicamente repetido de una interna se convierte en una forma que el *reporter* interpreta y sugiere llenar con un contenido dramático policial, en la “multitud” que evoca, en alguna medida, una ciudad a escala:

En la multitud que gira en el patio, revolviéndose por todos lados en los instantes libres que le deja el reglamento, aunque siempre bajo la mirada cuidada de las hermanas, hay una mujer que intriga con toda la insistencia de uno de esos rasgos que hemos hecho mención.

Su posición habitual es estar arrodillada, allí habla sin cesar de una manera incoherente, y al llegar a ciertos pasajes de sus monólogos, hace un ademán invariable.

Estira la mano abierta, inclinándola hacia el suelo, toca con ella la juntura de una baldosa, levanta la mano en el aire con sumo esfuerzo, y al llegar a cierta posición, la detiene bruscamente, hace un movimiento

23 Y buena parte de las “maravillas científicas” que preocupan al periódico y cuyas novedades publica en sus páginas remiten a las investigaciones contemporáneas que está llevando adelante Charcot, o al uso diagnóstico de la fotografía en los hospitales europeos, por ejemplo (V., entre otros, “La ciencia sensacional. Hechos extraños. Revelaciones trascendentales” –un título que, en sí mismo, exhibe la triple valencia noticiosa, literaria y científica que propone el diario–, *La Crónica*, I, 141, 18 de febrero de 1884; A. Marx “Sorpresas del día. Milagros científicos”, *La Crónica*, I, 294, 19 de julio de 1884, 294, p. 1, c. 2-3; o “Las maravillas del día (La fotografía en los hospitales)”, *La Crónica*, I, 22, 22 de octubre de 1883, p. 2 .c 3).

general del cuerpo y hecha el brazo hacia atrás, con más esfuerzo que nunca, hasta hacer la evolución completa.

Este movimiento insistente, siempre idéntico, con el mismo intervalo de evoluciones, es lo que más llama la atención en ella, pareciendo significar algo. [...]

Hemos dicho que para ejecutarlo, se pone de rodillas en el suelo, busca allí con atención hasta que encuentra la juntura de una baldosa, en la que busca imaginariamente un punto de apoyo como para levantarla.

Pero qué, parece que lo ha encontrado; entonces endurece todos los músculos y al alzar el brazo hace todo el esfuerzo del cuerpo, como si levantara un gran peso.

Tal esfuerzo, hecho con una verdad admirable, trae la ilusión de que aquella criatura levanta realmente algo: una baldosa no puede ser ¿para qué tanto esfuerzo si es tan pequeña? Viene entonces la idea de que lo que alza es una losa.

Cuando su brazo está a la altura suficiente para poder contemplar lo que hay debajo de esa losa, inclina la cabeza y mira con la expresión idiota que dejan los grandes terrores.

De pronto el esfuerzo cesa en un instante, como si la losa hubiera caído, el brazo se detiene crispado, dobla la mano forzosamente por la verdad exacta del movimiento hecho, viene la representación de que un puño poderoso le ha tomado el brazo, que se lo dobla, que se lo retuerce y que se lo hecha hacia atrás con una violencia terrible. [...]

Y siempre la acompaña a su visión del cadáver y a las palabras sueltas en que figuran el boticario y la mujer de dos maridos [...].²⁴

En otros casos, la locura (femenina o masculina) exhibe y pone en escena un pasado o lo fabula.²⁵ En otros, por último, la locura se reproduce en personajes inesperados. Una de las “locas”, que había ocupado en su vida cuerda una posición social destacada, disfruta de las comodidades del “Departamento de Pensionadas” el Asilo:

²⁴ “Las locas. Reportaje sepulcral”, *La Crónica*, I, 65, 4 de diciembre de 1883, p. 1, c. 2-3.

²⁵ V., por ejemplo, “Una visita a los locos”, *La Crónica*, I, 13, 13 de octubre de 1883, p. 1 c. 6 y p. 2 c. 1-2; “Las locas. Reportaje visionario”, *La Crónica*, I, 3 de diciembre de 1883, p. 1 c. 1-2; “Las locas. Reportaje high-life”, *La Crónica*, I, 67, 6 de diciembre de 1883, p. 1 c. 2-3;

Y su comodidad es tan completa, que una de ellas, en la salita lujosa tenía arreglada, poseía un loro por el que profesaba un cariño entrañable. Excusado es decir que aquel loro era también loco.

En efecto, viviendo entre aquella gente, en una continua algarabía de desatinos, había aprendido a desatinar, y con una enseñanza constante, soltaba de pronto una tirada visionaria o daba alaridos que parecía como si lo estuvieran linchando.²⁶

En uno, finalmente, el discurso de la loca logra descolocar al cronista. El reportaje se abre con la construcción de una pequeña escena dramática entre la loca y el cronista. El *reporter* deja que su personaje hable en primer lugar:

–Buenos días, amiga.

–¿Pero no ve Ud. que yo soy un hombre?

–Qué hombre ni qué berenjenas, Ud. es una buena moza, y yo [me] voy a dar el placer de conducirla por toda la casa.

–Y esta casa de quién es?

–Es mía, señora.

–Vuelve Ud. a decirme señora! Qué no ve que soy hombre!

–Eso es! Sin duda Ud. como todos esos sinvergüenzas creen que yo soy loco!

–Cómo loco?

–Sí, loco!

–Loca querrá decir! Ud. es mujer.

–Se equivoca so guaranga maleducada [...].²⁷

²⁶ “Las locas. Reportaje maravilloso”, *La Crónica*, I, 62, 1 de diciembre de 1883, p. 1, c. 1-2. El efecto de “reproducción” se intensifica, claro, porque el loro, por sus propias habilidades, devuelve oralmente la locura reduplicada.

²⁷ “Alrededor de las locas. Diálogos delirantes”, *La Crónica*, I, 71, 10 de diciembre de 1883, p. 1 c. 6 y p. 2 c. 1. También en “El conventillo Aravena” hay una sociedad de personajes donde la inestabilidad genérico-sexual es norma, pero como parte de la mezcla que domina ese “mundo”: “El conventillo es un mundo sui generis: un hacinamiento de cuerpos, de braseros, de trapos, de muebles, de humo, de basuras, de chiquilines que saltan, que lloran, que gritan y se revuelcan entre la tierra, *de aldeanas viejas que no se sabe si son hombres, mujeres o chivos, de jóvenes mujeres que parecen varones con polleras*, de viejos que esperan poder andar y viven sentados al sol de día y entre trapos sucios de noche; todo animado, todo riente, todo saltante, notándose con particularidad la ausencia de hombres robustos; es que estos han salido temprano porque todos son hombres de trabajo”. *La Crónica*, I, 6, 6 de octubre de 1883, p. 1 c. 6 y p. 2 c. 1-2; destacados nuestros.

El *reporter*, que generalmente maneja –como queda expresado en las citas anteriores– una distancia afín a la del narrador de la novela naturalista, un género que tiene su auge en Argentina por esos mismos años, se involucra aquí con su personaje: discute con la loca algo tan “cierto”, para su propia posición, como su condición genérico/sexual.

El efecto de conjunto de la serie muestra una ciudad multidimensional: noticiosa, imaginaria, incluso delirante. Muestra también el progresivo reconocimiento, por parte del diario y de sus *reporters*, de las posibilidades de la crónica y el reportaje como géneros: el encuentro y la invención de personajes como prácticas que no se oponen, sino que suponen una cuestión de “grado”; el desplazamiento de lo novedoso/noticioso en los márgenes de la ciudad; la agudización de la mirada sobre el detalle y su interpretación; la observación participante del cronista, su involucramiento, la puesta en escena de su propia perturbación; la atención al lenguaje y al estilo del otro a quien se escucha o se hace narrar.

Novedades del pasado

No solo los personajes marginales de la ciudad, o sus horas más inciertas –las de la “vida nocturna”, las del amanecer que recorren carteros y traperos²⁸ ofrecen terreno para los reportajes así concebidos. *La Crónica* es capaz de revelar también el *umheimlich* urbano de Buenos Aires en lugares inesperados. Una muestra particularmente inquietante se despliega en la noticia del hallazgo de “Una calavera en la quinta de Lorenzo Torres”.²⁹ La nota no está firmada, pero su título despierta ecos en el lector de uno de los temas preferidos del archivo folletinesco de Eduardo Gutiérrez: los dramas mazorqueros, cuya trama está atravesada por los enfrentamientos entre unitarios y federales durante el segundo gobierno de Juan Manuel de Rosas (1835-1852). Lorenzo Torres había sido un conspicuo legislador durante los primeros años de ese gobierno, y más tarde se había unido con

28 Véanse, por ejemplo, “Vida nocturna. La hora de las citas”, *La Crónica*, I, 22, 22 de octubre de 1883, p. 1, c. 3-4; “Vida nocturna. El juego del billar”, *La Crónica*, I, 23, 23 de noviembre de 1883, p. 1, c. 4-5; “Servicio nocturno en boticas”, *La Crónica*, I, 99, 7 de enero de 1884, p. 1, c. 1-2. En cuanto a los personajes que recorren la ciudad a horas y en circuitos al parecer menos conocidos, véanse “El jornalero. Reportaje picante”, *La Crónica*, I, 82, 21 de diciembre de 1883, p. 1, c. 5-6; “Reportaje picante. El cartero”, *La Crónica*, I, 83, 22 de diciembre de 1883, p. 2, c. 1-2; “Las basuras. Reportaje trapero”, *La Crónica*, I, 157, 6 de marzo de 1884, p. 1, c. 1-2.

29 “Una calavera en la quinta de don Lorenzo Torres”, *La Crónica*, I, 94, 2 de enero de 1884, p. 2, c. 1-2.

viejos unitarios para luchar contra Urquiza. Su quinta, idealiza *La Crónica*, se recuesta en la barranca del Paseo de Julio, como un *locus amoenus* donde la naturaleza se desborda en los límites de la ciudad.

La noticia se abre con la imagen de una joven mujer, recostada en su lecho de muselina, que se ve sorprendida por la caída de un girón del papel que cubre la pared que noche a noche contempla desde su cama. El papel ha dejado al descubierto una calavera emparedada, cuyas “órbitas negruzcas y polvorientas la han estado mirando durante largas noches”.

De la mano del *reporter*, el lector contempla a la dueña de casa como la misma calavera lo ha hecho. La tensión erótica que irrumpe en la disponibilidad femenina en este primer párrafo, sin embargo, se conjura en la mitad del artículo. “El caso era un misterio. Qué podía significar aquel cráneo?”, interrumpe el diarista. El *reporter* entiende que es necesario dirimir espacios, poner las cosas en su lugar: entonces el foco pasa de la heroína al esqueleto, analizado por un estudiante de medicina cuyo nombre no se revela, que concluye que nada o casi nada puede saberse... salvo que pertenece a una mujer. En el desplazamiento de la romanesca “calavera” a la fisiología del “cráneo”, el folletín mazorquero (un esquema seguramente previsible para los lectores de Gutiérrez) se reescribe como folletín frenológico, aunque no porque la ciencia pueda proporcionar una verdad “ulterior”, o más ajustada. Al contrario: el misterio persiste, aun tras el diagnóstico de la ciencia. Es en este cruce de saberes que el *reporter* dibuja su competencia específica: la pregunta por el significado del cráneo debería contestarse con su restitución en un cuerpo. A través de la escritura del artículo, el *reporter* de *La Crónica* comprende que su desafío es encontrar un híbrido, un monstruo. La historia de la calavera es siniestra, porque revela el punto en que el pasado rosista irrumpe en el presente y, al mismo tiempo, el modo en que esa irrupción, esa persistencia, requiere construir ficciones nuevas para narrar la memoria de la ciudad.

Un cronista para la ciudad

Un pasado gótico para la ciudad moderna: en la tensión entre lo familiar y lo desconocido, el *reporter* diseña también nuevas coordenadas para su tarea. Si la crónica modernista fraguó el *estilo* y permitió la emergencia de la literatura como profesión, bien podría pensarse que la crónica finisecular a secas definió nuevos modos para la escritura periodística y ensayó nuevas figuras profesionales igualmente productivas. Parte de este proceso se

verifica en la tarea de reflexión explícita sobre esos discursos, habilidades y trayectorias que también tienen lugar en las páginas del periódico.

La visita a los salones de la diva operística Elena Teodorini da oportunidad al *reporter* para reflexionar sobre las condiciones de producción del “reportaje”, que son al mismo tiempo la peripecia central de su relato y la experiencia que legitima su punto de vista:

Los diaristas [que] por tendencias o carácter, se arrancan de la vida monótona del bufete traduciéndose en largas tiradas editoriales a cuyas hileras de párrafos recuerdan los vastos enfilamientos de la biblioteca en que han sido meditados, para mezclarse a los latidos de la existencia social y traer a las columnas en las gotas de la pluma la reflexión de los cuadros de su kaleidoscopio, acaban por hojear vertiginosamente el libro de la vida.

Las gotas de la pluma del *reporter*, su caligrafía personal, vuelven como el fantasma de la experiencia que acosa al periódico: frente a las “largas tiradas editoriales” de los diaristas que no advierten que los libros a consultar no son los de la biblioteca de su bufete, sino a la experiencia vital. Tópico letrado, la mención del “libro de la vida” devuelve al *reporter* no al vértigo de la calle sino al de la biblioteca. Su competencia del *reporter* aparece entonces en su capacidad de leer esa biblioteca no traduciéndola en “tiradas” sino con una mirada estroboscópica que en un mismo movimiento hojea y ojea, atisba, *pispa* –un verbo insistente en el discurso de *La Crónica*– los fragmentos de un relato que solo su mirada sagaz percibe y puede describir.³⁰ Esta vigilancia sensorial se potencia en el caso del *reporter* de policía, que en el tranway, a pie o de cualquier modo que viaje va siempre alerta observando cuanto pasa en la calle y atendiendo también a la conversación de los particulares, los que en muchas ocasiones le dan el hilo de una buena noticia.³¹

Más “elemental” que el *flanêur* –su contrafigura afantasmada, con su contrapunto de ritmos respectivamente descuidados y veloces, pero igualmente perceptivos–, el *reporter* finge indiferencia para reforzar su alerta, que devela en las páginas del periódico, transformándola en impostura. Si

30 Ramos también ha analizado el problema de la fragmentación perceptiva de la ciudad y el rol del *reporter* en su “re-narrativización” no solo espacial sino temporal, al unir su pasado con su presente (125 y ss.).

31 “Cartera de un reporter. Temas volantes”, *La Crónica*, I, 238, 25 de marzo de 1884, p. 1 c. 5-6 y p. 2 c. 1.

sigue despreocupadamente un papel que ondea en el viento a la “caza” de noticias –tal como se titula una sección que *La Nación* publica pocos años después–, es para dar con la crónica de un casamiento entre italianos en la iglesia de San Ignacio; si curiosear por los pasillos del cabildo, será para bocetar el tipo del pleitista porteño.³²

Los artículos del *reporter* trabajan sobre lo verificable: no tienen firma, pero sí un subtítulo, “reportaje del natural”. La pretensión de fidelidad referencial es la de la primera fotografía: el lector puede constatar por sí mismo la escena reportada, porque está a la vuelta de la esquina. Así, el borramiento de la escena de escritura periodística es un presupuesto constitutivo de la inteligibilidad del reportaje. Esta escena “velada” en la fotografía del reportaje, sin embargo, se recorta en un relato que es su contracara. En *La Crónica* una de sus versiones puede leerse cuando el periódico logra, en la clave que propone su programa, recortar al *reporter* moderno en su contrafigura, un verdadero periodista *border*: el “loco Echegaray”, visitante habitual de la redacción y “pensionado” del Hospicio de las Mercedes. El director del establecimiento, explica el diario de los Gutiérrez, acaba de levantarle la prohibición de escribir “con tal de que hubiese un diario que [...] lo publicara”:

Echegaray desde aquel momento se transformó, se puso una lapicera en cada dedo y escribió, escribió con tal furia, con tal angurria, que él mismo no entendía lo que decía.

Rompió entonces sus originales y saltando en su jamelgo en pelos, se trasladó a nuestra redacción, haciendo el relato que acabamos de copiar textualmente.

–Papel! gritó, un poco de papel, un mucho de papel y quinientas plumas: quiero escribir!

Echegaray se precipitó con verdadera hambre sobre las carillas que le alcanzamos, y tal era su rapidez al escribir, que podemos decir nos telegrafió los siguientes párrafos, muestra clásica del estado de su espíritu.³³

32 Véanse, por ejemplo, “Cartera de un reporter. Temas volantes” (*La Crónica*, 11 de diciembre de 1883, p. 1 c. 5-6); “El pleitista. Tipo cabildante” (*La Crónica*, 17 de diciembre de 1883, p. 1 c. 6 y p. 2 c. 1) y “La cabildanta (Misia Manuela)” (*La Crónica*, 22 de marzo de 1884, p. 2 c. 3-4).

33 “El gran Echegaray/ (loco hidrópata)”, *La Crónica*, 5 abril de 1884, p. 2 c. 5-6. Una de las afirmaciones centrales de la proclama de Echegaray es: “Estoy dispuesto a sostener que todas

Con *furia*, con *angurria* y con *hambre*, apasionadamente, la escritura del loco Echegaray hace visible una tecnología monstruosa e invisible, en un primer momento, el sentido de lo que escribe. Pero de inmediato, la escritura ilegible, “que él mismo no entendía”, se vuelve en su re-presentación por el periódico una “muestra clásica”. Echegaray escribe un *clásico* de la locura al alcance de la curiosidad de los lectores. La aceleración intencional de la lectura, que *The Standard* había detectado en la distribución de la página de los primeros números, encuentra en Echegaray un lector privilegiado, que puede transformar esa energía en un clásico “telegrafado” con los dedos. Las tecnologías de la velocidad que, tal como lo subraya Stephen Kern, transformaron el reportaje y modificaron el lenguaje periodístico simplificando la sintaxis y la puntuación de las frases, encuentran en el periódico los dos polos de sus valores asociados –la celebración de la modernidad y la amenaza de sus lados oscuros, entre las que se incluye particularmente su patologización en clave psiquiátrica–. Pero, nuevamente, no es la tecnología lo que entra en escena sino sus efectos: como si la modernización técnica fuera un hecho indiscutido, *La Crónica* presenta lectores y escritores que han internalizado el nuevo ritmo acelerado en el que los instruyó la lectura del periódico. En la escritura del loco, en el cruce entre velocidad, modernización urbana y tecnológica y también en locura, el *reporter* entrevé con fascinación, en un movimiento de hipálage, su propio reflejo: la *loca* escritura del periódico futuro.

Coda

El experimento de *La Crónica* duró poco más de dos años. Si el público no logró acompañarlo más tiempo, tampoco las lecturas futuras lo harían, y pasó casi desapercibido para las historias de la prensa.³⁴ Sin embargo, su apuesta por la disolución de la política en relatos a la vez noticiosos, literarios y cruzados por la dimensión científica sin dudas dejó marcas en las crónicas futuras. La progresiva emergencia de una primera persona que

las cosas se hacen con la electricidad y que nosotros hablamos por una fuerza mayor que nos domina a la cual yo llamo electricidad”.

34 C. Galván Moreno no incluye a *La Crónica* entre los diarios publicados durante ese periodo, ni lo menciona cuando reseña aquellos en que participó Eduardo Gutiérrez. Tampoco lo mencionan Pablo Rojas Paz, en su capítulo sobre “Periodismo argentino”, incluido en la *Historia del periodismo* de Clemente Cimorra ni Oscar R. Beltrán, en la suya.

busca lo novedoso urbano para narrar, que se interna e involucra en diferentes niveles y aspectos con el objeto de su búsqueda, el avance sigiloso de la ficción en la construcción de personajes y, finalmente, la revelación de otros ojos para mirar el presente, pero también el pasado y el futuro de la ciudad y de sus habitantes, son marcas que pusieron en sincronía este modesto medio de prensa local con otras formas de la “alta crónica” (como la *crónica modernista* que producía, por esos mismos años, *La Nación* y también con la que comenzaba a circular en otras regiones). Cabría por último atender a un dato adicional que hasta aquí solo se insinuó, y que deja ver la lectura continuada del periódico: su particular preocupación por incorporar al lectorado femenino. La inclusión de folletines como “Los matrimonios porteños” (que se ocuparían “en clave” de secretos de la época),³⁵ las columnas sobre tipologías de maridos (entre los que se destaca, por ejemplo, “El marido marica”)³⁶ y la abundantes crónicas de bodas y fiestas de sociedad dejan sospechar que la dilución de la política podía favorecer también la incorporación ampliada del público femenino, que hasta entonces era interpelado por publicaciones más explícitamente especializadas. De ser así, quizá cabría pensar en el papel de la crónica también como ficción femenina: esto es, en su función en la constitución de los imaginarios de esas lectoras y en la configuración de un lectorado genéricamente marcado.

35 *Los matrimonios porteños*, firmado posiblemente por un nombre ficticio, Ludwig Karl, acompañó los primeros meses del periódico en página 2. Cuando terminó, en enero de 1884, lo continuó *El Buenos Aires galante*, de temática también *mondaine*, e igualmente firmado por Karl. El folletín de la primera, firmado por Eduardo Gutiérrez –muy posiblemente, porque se buscaba conquistar al público con una firma ya consagrada– fue *Los hermanos Barrientos*. Más tarde el mismo diario publicó también *El Chacho y Carlo Lanza*, todos firmados por Eduardo Gutiérrez.

36 “El marido marica. Escenas íntimas”, *La Crónica*, I, 56, 25 de noviembre de 1883, p. 1 c. 4-5. Pero también “Las locas. Reportaje para maridos”, *La Crónica*, I, 61, 30 de noviembre de 1883, p. 1 c. 3 o “El marido iracundo (escenas íntimas)”, *La Crónica*, I, 59, 28 de noviembre de 1883, p. 1 c. 5-6, por ejemplo.

Obras citadas

- Aliata, Fernando. "Cultura urbana y organización del territorio". *Nueva Historia Argentina. III: Revolución, República, Confederación* (1806-1852). Dir. Obra Juan Suriano. Dir. Vol. Noemí Goldman. Buenos Aires: Sudamericana, 1998. 199-254. Impreso.
- Alonso, Paula. *Entre la revolución y las urnas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000. Impreso.
- Bajúñ, Mijaíl. "El problema de los géneros discursivos". *Estética de la creación verbal*. México: Siglo Veintiuno, 1952-1953/1982. Impreso.
- Beltrán, Oscar. *Historia del periodismo argentino*. Buenos Aires: Sopena, 1943.
- Bernabé, Mónica. "La crónica en debate". <http://www.revistaanfibia.com/la-chronica-en-debate/>. Web. 3 de octubre de 2016.
- Chevalier, Michel. "Géographie et paragéographie". *L'Espace Géographique* 1 (1989): 5-17. Impreso.
- Cimorra, Clemente. *Historia del periodismo argentino*. Buenos Aires: Atlántida, 1946. Impreso.
- Conrad, Sebastian y Dominic Sachsenmaier. *Competing Visions of Global Order: Global Moments and Movements, 1880s-1930s*. Basingstoke: Palgrave MacMillan transnational history series, 2007. Impreso.
- Fritzsche, Peter. *Berlin 1900. Prensa, lectores y vida moderna*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1998/2008. Impreso.
- Galván Moreno, Carlos. *El periodismo argentino. Amplia y documentada historia desde sus orígenes hasta el presente*. Buenos Aires: Claridad, 1943. Impreso.
- Gasparini, Sandra. *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2012. Impreso.
- Gorelik, Adrián. *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1998. Impreso.
- Kern, Stephen. "Speed". *The Culture of Time and Space. 1880-1918*. Cambridge: Harvard University Press, 1983. Impreso.
- Laera, Alejandra. "Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)". *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Dir. Carlos Altamirano. Ed. Vol. Jorge Myers. Buenos Aires: Katz Editores, 2008. 495- 522. Impreso.
- Laera, Alejandra. *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004. Impreso.

- Liernur, Jorge F. y Graciela Silvestri. *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1993. Impreso.
- Majluf, Natalia. "Pattern-Book of Nations: Types and Costumes in Asia and Latin America, 1800-1860". *Reproducing Nations. Types and Costumes in Asia and Latin America, 1800-1860*. Nueva York: Americas Society, 2006. Impreso.
- Quereilhac, Soledad. *Cuando la ciencia despertaba fantasías. Prensa, literatura y ocultismos en la Argentina de entresiglos*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2016. Impreso.
- Quesada, Ernesto. "El periodismo argentino". *Nueva Revista de Buenos Aires* III, 9 (1883): 72-101. Impreso.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989. Impreso.
- Rotker, Susana. *La invención de la crónica*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1992/2005. Impreso.
- Servelli, Martín. "Enviados especiales: la emergencia del reportero viajero en la prensa porteña de entre-siglos (XIX-XX)" (conferencia). Seminario Permanente de Humanidades, UdeSA. <http://live.v1.udesa.edu.ar/Unidades-Academicas/departamentos-y-escuelas/Humanidades/Eventos?eid=9092>. Web. 1 de agosto de 2016.
- Szir, Sandra. "De la cultura impresa a la cultura de lo visible. Las publicaciones periódicas ilustradas en Buenos Aires en el Siglo XIX. Colección Biblioteca Nacional". *Prensa argentina del siglo XIX*. Marcelo Garabedian *et al.* Buenos Aires: Teseo, 2009. Impreso.
- Twyman, Michael. *Breaking the Mould: The First Hundred Years of Lithography*. London: The British Library, 2001. Impreso.
- Weill, Georg. *El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*. México: Limusa-Noriega, 1992. Impreso.